

## **Las ideas, el alma y la angustia de Pascal. A propósito de un cuento de Guimarães Rosa**

---

**Ronaldo Lima Lins** <sup>1</sup>  
[Traducción: Zulay González]

---

*SINTESIS: El presente trabajo se propone hacer una lectura del cuento de João Guimarães Rosa, "Famigerado", a la luz del pensamiento filosófico moderno que tiene en Pascal su iniciador. La relación entre alma e idea, y su desarrollo a lo largo del pensamiento occidental, es retomado a partir de la perspectiva que impone el escritor brasileño a su obra.*

El miedo es la extrema ignorancia  
en momento muy agudo  
Guimarães Rosa, *Famigerado*

En la concepción de la escolástica, se creía que el ser estaba en las ideas. Una vez formuladas, las palabras, con forma establecida, adquirirían un soplo de vida a partir del cual

entraban, como los bebés, en el circuito de las preocupaciones humanas, para no salir. Estábamos en una época en la cual la inmortalidad constituía un dogma. La existencia, así como los pensamientos en sus misterios, rondaba lo invisible, tomaba de él el substrato de su fascinación, de su grandeza y de los secretos de la humanidad. La importancia de acertar, en la reflexión, se hacía así, fundamental; todo el esfuerzo consistía en la hipótesis de la verdad (divina) y de la mentira (satánica).

No citemos a Platón, a quien aquí se rinde, claro está, el homenaje debido. Son concepciones que, subvertidas aún por las transformaciones de la historia y por las reformulaciones de la ciencia, perdurarán por siglos, sólo cayendo de inanición ante la avalancha de contribuciones tomadas del criterio de la evidencia. Aún en el siglo XIX, un genio como Gustave Flaubert no resiste la obsesión y reescribe muchas veces su libro *La tentation de Saint-Antoine* (1967), impresionado, en la crónica de la humanidad, con la cantidad de veces con que lo falso y lo verdadero se entrelazan, se confunden, mezclando instancias y comprometiendo la visión de las cosas. Desde la remota antigüedad, cuando creíamos en la influencia de ángeles buenos y malos, las ideas nos asaltan, generosas, seductoras al principio, sólo para, enseguida, obscurecer y perturbarnos la paz, instalando la guerra o la discordia.

A través de las palabras tocamos el Bien y el Mal; la más extrema felicidad y el mayor sufrimiento son consecuencia de la forma cómo se combinan. Es preciso hablar con atención, dominar los secretos de la articulación y aún así no estamos seguros de que no nos traigan infortunio. La guerra y la paz provienen, a veces, de una simple sílaba y de su interpretación. Estas son nociones que se repiten como fruto de la aventura personal, una intuición inscrita sobre las hogueras, más allá de las inquisiciones, instalada con o sin acuerdo, abrupta o soterráneamente, imperial. Decir que la fe mueve montañas es

entender la existencia en la misma dirección, asumir la hipótesis de la relación entre el alma y la idea. Los profetas ejercitaban la fuerza de semejante concepción, llegando, por medio de ésta, al territorio de las maravillas, con el propósito de transmitir al resto de la sociedad lo que guardaban en el espíritu.

Se mezcla, por tal criterio, lo real y lo imaginario, hasta que, poco a poco, la ecuación se invierte: gana cuerpo la fantasía; se desvanece y se evapora la esfera concreta, infeliz, de la materia. El propio Cristo no escapó al desafío. Libre del sueño o de la fe, con las caídas bruscas que sufrió una y otra vez en la condición en que se involucró, la mayor y más importante en la cruz, sólo y abandonado, cuestionó los designios de Dios como si se dirigiese al silencio.

Conviene señalar, porque aprendemos a dudar, el carácter engañador de la idea.

Asumimos que, positivas o negativas, constructivas o destructivas, las ideas mueven al mundo, no siendo más que una vía para entender y situarnos en la angustia. Profetas de sus elaboraciones, grandes sectarios actuaron y arrastraron multitudes en la óptica de las certezas profundamente resueltas. No tomaban en cuenta las particularidades del temperamento, el gusto por el radicalismo, la intransigencia, cualidades y defectos para los cuales debemos encender una luz: diversamente a lo mágico, que engaña a los demás y no a sí mismo, instruido en sus trucos, dieron cuerpo al milagro. En la magia del ilusionismo, partirán a las conquistas, en el ansia por encontrar adeptos y confirmaciones. El "Yo", transformado en centro de las discusiones, una vez instalada la modernidad, se perdió en la imposibilidad de definirse. Recordemos que Rosseau, después de buscar la verdad hasta la injuria y el dolor,<sup>2</sup> se preguntó si no se habría equivocado, mostrándose cruel con su biografía. Decretó, por así decir, aunque entonces no se reconociese, la carencia de una cierta perspectiva, sólo correcta en

cuanto busca eternamente lo inalcanzable. El "Yo" tal vez no pase de ser una idea a la que se le escapó el alma. Oculto en dimensiones profundas, se esconde tan bien que, en una extraordinaria capacidad de desenmascarse, puede presentar tanto un significado como otro.<sup>3</sup> La persecución prosigue.

Después de un tiempo, nos convencemos de que, en vez de dejarlo suelto, entregado a sus alas, el «Yo», como la idea, debía someterse al método para, finalmente, puesto en la mesa de disección, revelar arterias y órganos vitales. Investigadores de la mente catalogaron reacciones, comportamientos, repeticiones, exactamente como cualquier científico frente a su materia de trabajo. Estábamos, de hecho, como siempre, imprimiendo alma y resucitando el fantasma de Platón.

Cabe recordar el papel de los artistas en el proceso. Ellos no se limitaron a proveer subsidios y observaciones a título de testimonio. Impregnados por la certeza del carácter complejo y contradictorio de la unión proyectada (la idea y el alma), no delegaron competencia para que los serios y los creyentes hicieran del tema una propiedad particular. Quien quiera que se haya detenido a observar, sabe que la vida es una tragedia, pero también es una comedia; que el alma, al contrario de lo que se suponía, no se muestra una e indivisible; que el "Yo", bajo el manto diáfano de la apariencia, guarda un pie en lo infinito.

En *La tentation de Saint-Antoine*, Flaubert, en una tarea de asociación entre la literatura y la fe, se sumerge en el territorio ambiguo de la verdad y hace, en un proceso de escepticismo radical, el levantamiento de las convicciones históricas. Al final del recorrido, no sabemos en qué confiar. Sueños, desvaríos, residuos de memoria, sentimientos, pasiones, desprecio, veneración, en una procesión infinita, visitan y engañan al Santo refugiado en lo alto del peñasco. Pero sólo por algún tiempo. Cuando se siente subyugado, atento a las artimañas de Satanás, él despierta de la indiferencia y cae, una vez

más, en la soledad. La genialidad del autor de *Mme. Bovary* no pierde de vista el aspecto escurridizo, traicionero, que amaba por encima de todo: la actividad literaria. Esta le dio prestigio, le agudizó la sensibilidad, lo instaló en una época como fundador y revelador de algo. Ya lo imaginamos refugiado en algún rincón, confrontando al asceta, él mismo, para reproducir, como el personaje de su creación, el desencanto y la permanencia de la angustia. El mismo, como nosotros, se encontraba en un siglo de transformaciones, con propuestas definitivas sobre lo cierto, modelos de comportamientos establecidos como útiles, y asistía como testigo privilegiado a la tragedia y a la comedia de las pasiones.

La palabra constituye una ocupación de especialistas. Concedores de sus potencialidades, éstos se encaminan por las vías que se presentan y se esconden en un complicado enredo del cual, en verdad, no pueden salir. La humanidad vive, de esta manera, un dilema. Por un lado, rechaza la ignorancia y el analfabetismo. Por otro, dueña del instrumental desarrollado, nada hace para transformarlo en una conquista contra el oscurantismo. La sensibilidad gana por el ejercicio en la química fina del conocimiento, no se contrapone la victoria contra la barbarie.

Flaubert, como el *jagunço*<sup>4</sup> del cuento de Guimarães Rosa, citado en el epígrafe (1972), se volvió "celebre", "notorio", "notable". *¿Famigerado?*<sup>5</sup> Con la misma pericia con que rescató de un *faits divers* (de la imprenta, donde se agotan los infortunios por el sabor de lo cotidiano) la provocación de Emma Bovary, ésta fue realmente su personaje en el sentido en que fue concebido: en la fatalidad de las ilusiones.

La resurrección del alma no puede ser buscada en el hombre. Esta se oculta en sus creaciones, en el modo dividido y dilacerado como las efectúa. Si una idea revela una y otra cosa, si el prestigio sólo toca en lo infinito como su contrario, la

connotación negativa se impone como necesaria. El esfuerzo moderno de festejar la alegría, lanzando fuegos artificiales, va agua abajo, empujado por el torrente de los contrarios.

Bañado por el calor del sol, Brasil, aún cuando su infancia coincida con el inicio de la decadencia ibérica, se inserta en la Historia como una fundación renacentista.

No importa que, en el perfil delineado, queden atrás las masacres, la crueldad esclavista, la diáspora africana, el degradado portugués distante de sus familias, expulsado de sus tierras. Quiso el destino que el nacimiento y la muerte corran por vías paralelas, el dolor y la violencia en la tristeza y en la alegría. Una poción de odio se inoculó aquí, aún cuando no lo notásemos, traducida por la acción depredadora, por la fuerza bruta del coronel del interior, de la oligarquía arbitraria. Se escondió en la cordialidad consolidada por el clima y por la risa fácil de los ingredientes étnicos que formaron este país. Se dejó camuflar, sobre todo, por la ideología de la confianza. Esta buscaba un suelo y una oportunidad donde fijarse.

Las desventajas de nuestro tipo de formación desplazaron las asperezas a un plano secundario, cuando en realidad estas representaron, siempre, el vehículo y la marca patentada de lo que nos define.

Comentando las reflexiones de Pascal, Voltaire (1964) lo critica por entender que éste acentúa el carácter trágico de la existencia, elevándola al nivel de la religión, esto es, como una condición de la cual no podemos escapar:

Les grandeurs et les misères de l'homme sont tellement visibles qu'il faut nécessairement que la vraie religion nous enseigne qu'il y a en lui quelque grand principe de grandeur, et en même temps quelque grand principe de misère. Car il faut que la véritable

religion connaisse á fond notre nature, c'est-à-dire qu'elle connaisse tout ce qu'elle a de grand et tout ce qu'elle a de misérable, et la raison de l'un et de l'autre. Il faut encore qu'elle nous rende raison des étonnantes contrariétés qui s'y rencontrent. (p.161)

El no tenía en mente la sociedad francesa, mucho menos la brasileña o cualquier pueblo específico. Se refería a la raíz de las cosas, un modo de constitución con lo cual sólo podemos convivir y jamás impedir que se efectúe. Al mismo tiempo, traía en su visión algo de las miserias medievales, impases que el mundo experimentaba como insolubles. Es precisamente por esto que se dice que Pascal se sitúa entre dos fases, con un pie en el pasado y otro en el futuro, inclinándose, paradójicamente, a la exteriorización de la crisis de su tiempo.<sup>6</sup> Llevar la contradicción a la fe, justo allí donde se creía poder resolverla, resulta una postura incompatible con la modernidad, lógica nueva, volcada hacia la solución y la esperanza.

Voltaire, imbuido de una ingenuidad cándida, no acepta semejante especie de lucidez. La considera limitante, oscurantista, perteneciente al pasado. La suya, representa una curiosidad abierta, positivista, aquella que invertirá los polos de la ecuación, la que recalcará, bajo el foco de las realizaciones, al lado de las tinieblas de la condenación bíblica. Por un momento, en la polémica, da la impresión de ganar. A pesar de todo, la contribución del primero no se ofusca. Queda allí, detrás de la confianza, una señal de advertencia.

Pero el alma, etérea y volátil, parece invencible. Como los fantasmas, espantando a los niños en una casa lúgubre, se aquieta, guarda las fuerzas; en el momento oportuno, regresa. No impresiona que *Les pensées*, en el modelo fragmentario que después se impondría, haya aguardado un siglo para transformarse en libro e impregnar a los lectores ya sumergidos en el embrión que barrerá el mundo.

Un misterio subvierte a las palabras (los escritores saben de esto), algo las agita en la inercia del espacio gramatical, en la eterna instauración de lo posible. El origen del malentendido proviene de allí.<sup>7</sup> Compréndase que *amor* y *odio*, como un anagrama, se compone del mismo número de letras. Recombinadas, llevan a un lado o a otro.

“Aquele homen”, piensa el sitiado, “para proceder da forma, só podia ser um brabo sertanejo, jagunço até na espuma do bofe” (Guimarães, 1972: 11). La intuición de los contrarios pertenece al ámbito de lo personal. ¿Por qué se sospecha que, en la palabra *famigerado*, envuelto en lo “célebre”, “notorio”, “notable”, haya una carga ofensiva, al punto de hacerlo referirse al funcionario del gobierno, que lo empleó, con los términos de la desconfianza?:

-“Saiba vosmecê que, na Serra, por o ultimamente, se compareceu um moço do governo, rapaz meio estrondoso...Saiba que estou com ele à revelia... (Guimarães, 1972: 9)

Desconfía, no sólo por lo que emana del sentido técnicamente neutro, encontrado en los diccionarios, del cual, a la defensiva, el primero prevalece para evitar lo peor. La práctica enseña la sinuosidad de los caminos, el lado indirecto de los recorridos, sus *arapucas*, las arenas movedizas en las cuales, conscientemente o no, tenemos que apoyar los pies. Bello como se muestra, el Sertão corresponde a un concepto abierto en el cual la experiencia se expresa sin agotarse. Es curioso que un pequeño cuento sintetice el itinerario de las ideas propuestas por Guimarães Rosa. De repente, en la tierra de Vera Cruz la muerte, y no la vida, se sobrepone en el horizonte. Recordemos: el esfuerzo para olvidar enterró, apenas en parte, la violencia de la Historia. Gritos y gemidos, a pedazos, llegaron a los oídos por mas que no les prestásemos atención. Incluso sin Edad Media, las alegrías mueren, los cuerpos envejecen. En las pompas del



*Panteón*, donde enterraron a Voltaire, se oye la angustia de Pascal.

En plural, el sustantivo *Veredas* apunta a la dispersión: muchos caminos; ningún fin. Es la vida, más que la muerte, la que no tiene límites, dice García Márquez.

Fuera de peligro, éste se refugia en la memoria, cargado de potencial. Hasta dieron ganas de reír, pues las palabras, en su metamorfosis, se inquietan y se apaciguan. “Ay de aquellos que no las dominan”, parece comentar el autor: “Nãõ há como que as grandezas machas duma pessoa instruída!” (Guimarães, 1972: 11). En la fuerza, se hacen frágiles. En el circuito de las preocupaciones humanas, éstas van y vienen. Se asemejan a las verdades temporales, incuestionables, en cuanto no son substituidas por nuevas verdades. Por esto, si leemos a Voltaire, no abandonamos a Pascal.

A diferencia de los escolásticos, para los cuales existía la inmortalidad, creemos en un ciclo cada vez más veloz de alternativas. Así, si todo posee un inicio y un fin, las ideas, a su vez, sólo nos superan por el aliento que poseen. Desprovistas de alma, marchan como cadáveres. Para que esto no se dé, es necesario que diseminen su fertilidad y la perpetúen a través de la transformación.

El desenlace del cuento (la confrontación entre los dos personajes separados por los sentidos de un vocablo), da la medida de esta hipótesis, perseguida, además, la vida entera, por el autor. “Esporou, foi-se, o alazão, nãõ pensava no que o trouxera, tese para alto rir, e mais, o famoso assunto” (Guimarães, 1972: 13).

De paso, como se dispuso para respirar el *e mais* enuncia las *Veredas*. Mirando hacia todas las direcciones, estamos de nuevo, para recomenzar, con la angustia de Pascal, en el territorio de las ideas y del alma.

## NOTAS

- 1 Ronaldo Lima Lins es Profesor Titular del Departamento de Ciencia de Literatura de la Facultad de Letras de la Universidad Federal de Rio de Janeiro. Novelista y ensayista, posee diversos libros publicados entre los que se cuentan, *As perguntas de Gaugin* (1988), *Nossa amiga feroz, breve historia da 'felicidade' na expressão contemporânea* (1993) y *Jardim Brasil: conto* (1999).
- 2 *Les Confessions y Réverie d'un promeneur solitaire*. En el primero, se asume encargado por Dios, como un profeta, en la empresa a la que se lanzó. En el último, amargado por las decepciones, se culpa del exceso de rigor consigo mismo, como si hubiese camuflado o revelado la verdad, como de hecho sucedió.
- 3 El sentimiento de indivisibilidad que poseemos en un estado de calma aparente, no se resiste a un examen superficial. El proceso de metamorfosis con que nos hacemos adultos y, de inmediato viejos, mirando hacia atrás, irreconocibles, enfatiza las dudas que conservamos sobre nuestro comportamiento, sorprendidos cuando salimos bien o mal de una situación. El gran tema es abordado con insistencia por los escritores, y no solamente por Marcel Proust, quien lo elevó a la esencia de nuestros dramas. Santos y pecadores o canallas se agitan dentro de nosotros en conflicto, buscando expresarse. Sólo para facilitar, y no por el poder de precisión, usamos el pronombre personal en singular. Es está, también, la teoría de la "confederación de almas" en el excelente *Afirma Pereira*, de Antonio Tabucchi (1995), novela en la cual al personaje le cuesta aceptar el coraje que carga dentro de sí.
- 4 Se denomina *jagunço* al individuo perteneciente al grupo de fanáticos y revolucionarios liderados por Antonio Conselheiro en la campaña de Canudos (1896-1897). Posteriormente adquirió el significado de *capanga*, es decir, matón que se coloca al servicio de quien le paga (N. de la T.).

- 5 El autor se refiere al suceso donde un *jagunço* corre a casa del doctor para preguntarle el significado de la palabra *famigerado*, al creer que se trataba de una ofensa. El doctor finalmente le aclara que tiene un significado positivo: famoso (N. de la T.)
- 6 Véase, al respecto, la obra de Lucien Goldmann *Le Dieu caché* (1995), donde se hace un estudio extenso, esclarecedor sobre Pascal, teniendo en cuenta el movimiento jansenista y el concepto de visión trágica.
- 7 Toda la infelicidad de los hombres, afirma Albert Camus, en una hipotética explicación para su famosa pieza de teatro *Le malentendu*, se desprende del hecho de que ellos no usan un lenguaje simple. ¿Y puede existir eso, un “lenguaje simple”?

## BIBLIOGRAFÍA.

GUIMARÃES, Rosa.

1972 *Primeiras estórias*. 6ta edição, Rio de Janeiro: Livraria José Olympio Editora.

GOLDMANN, Lucien.

1955 *Le Dieu caché*. Paris: Gallimard.

FLAUBERT, Gustave.

1967 *La tentation de Saint-Antoine*. Paris: GF-Flammarion

PASCAL

1964 *Lettres philosophiques*. París: GF-Flammarion,

TABUCCHI, Antonio.

1995 *Afirma Pereira*. Rio de Janeiro: Rocco.